

## POESIAS (\*)

JESÚS DELGADO VALHONDO

## TIERRA

Ya sé que soy manantial  
de la semilla que espera,  
dolor de mi primavera,  
mi carne en barro filial.

Misterio de ese sitio  
eterno de mi sentido,  
acogedora de olvido,  
mano en tierra requerida,  
cuando se vaya la vida  
como pájaro a su nido.

## AGUA

En agua nace el ahogado  
y la garganta le nace  
llena de un placer que hace  
cielo del blanco costado.

Del mar está enamorado  
y quiere en la playa, roca;  
los ojos tienen la loca  
serpiente del alga fría.  
El dijo: «¡el agua es ya mía!»,  
y, murió seca la boca.

## LA CICUTA

La cicuta por las venas  
a Sócrates lo lamía,  
era una serpiente fría  
entre calientes arenas.

Hoy las hojas están llenas  
de saber, solo se inmuta  
la planta cuando conmuta  
veneno gris por un nombre,  
y Sócrates es hecho hombre  
silencioso en la cicuta.

## SUEÑO

¿Qué araña me está chupando  
que yo sin querer me vierto?

¡Qué niebla, Señor, la niebla  
está sobre mi cerebro!

¡Ay!, cómo juega conmigo  
Dios solitario y secreto.

## DOLOR FLORIDO

Ha venido más amor  
manándome por su acento  
campos y campos y Dios.

Si ya tengo a mi canción  
herida de mi lamento,  
¿A qué has venido si yo...?  
Sí yo todo estoy abierto  
de florecido dolor.

(\*) Del libro próximo a publicarse en la C. «Norte», «El Año Cero».

## El Maestro Ontañón

(CUENTO)

1

Don Luis, el notario de la ciudad, su esposa y sus hijas, pasaban temporadas de campo, especialmente en primavera. Muchas familias tenían huertas y «cercados» propios, a lo largo de la carretera y reuníanse con frecuencia. Era un pequeño acontecimiento provinciano, de cierto rango social, que interrumpía la vida monótona de Guadaloz. Los domingos oían la misa en la ermita del Corazón de Jesús, donde todos los años se iba en romería, lucíéndose las parejas de novios en caballos enjaezados, como en la feria de Sevilla. Guadaloz por el ambiente, el sol y sus hábitos camperos, sufría un contagio andaluz.

Ya le había llamado la atención a don Luis, entre los mendigos y pedigüños andariegos, un anciano que cruzaba todos los días por la casa de campo. Iba cubierto con un viejo chapeo descolorido y un abrigo lleno de remiendos, asomando por abajo flecos de los pernilles del pantalón, que casi cubrían unas botas rotas y empolvadas a fuerza de arrastrarse, a todas horas, por aquel camino, en un ir y venir ligero, acompasado; siempre el mismo andar y siempre solo y cabizbajo por el peso de su chepa.

El maestro Ontañón—así se llamaba—apoyábase en una cayada, fijos los ojos en la tierra, sin mirar nunca a nadie. Sobre la corcova asomaba un saquete ennegrecido, cuyas cuerdas sostenía con la mano izquierda. Era más bien bajo. Apesar de su aspecto de portador, no inspiraba la repugnancia de aquel otro mendigo a quien sorprendió don Luis, sin querer, despiojándose una tarde de sol, detrás de un seto de chumberas y algunas cepas entrelazadas. Ontañón, el octogenario Ontañón, en su aspecto derrotado, conservaba rasgos de hombre inteligente, caído en desgracia y dueño celoso de un patrimonio espiritual. Sus andares, tenían un aire de firmeza y de cierto orgulloso desprecio hacia el mundo.

Así lo veía don Luis. Lo observaba con curiosidad siempre que se cruzaba con él queriendo descubrir aquella vida humana, hasta que poco a poco llegó a conseguirlo. Era una magnífica pieza de estudio, para sus elucubraciones de psicólogo y sus ribetes de escritor y pudo fácilmente llegar a ser su amigo.

Aquella temporada de primavera, daba lecciones escolares a dos de los hijos del casero de don Luis. El maestro Ontañón llegaba al cortijo todas las tardes con su pardo gabán, alpargatas y su zurrón